

mundo gráfico



Un homenaje a Euzkadi en Barcelona

Se ha celebrado en el Parque de Montjuich un festival de homenaje a Euzkadi con motivo de la estancia de Aguirre en Barcelona. Ved dos momentos de la fiesta: En la parte superior de nuestra portada, la sardana, y abajo, un baile vasco

(Fots. Torrents)

Miércoles, 4 de
Agosto de 1937

AÑO XXVII
Número 1344
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

La vida de los jefes del Ejército Popular, contada por ellos mismos

La referencia geográfica del nacimiento del comandante Pavón es apenas un punto minúsculo, casi invisible, sobre el mapa de España en la línea de la Sierra de Huelva.

—Pero mis años de chico—cuenta—transcurrieron en Sevilla, donde mi padre trabajaba como representante de Seguros, y yo empecé mi vida de estudiante en los Escolapios. Después volví a Huelva, a cursar estudios del Magisterio, y ya a mi propia costa, mientras para vivir trabajaba con un procurador, como pasante. Fué cuando ingresé en las Juventudes Socialistas. Primo de Rivera ensayaba, por primera vez, el fascismo en España.

De la Monarquía a la República

Ya maestro—afiliado a la F. E. T. E tan pronto como se tituló—, comenzó a cumplir su misión pedagógica en Huelva, desde donde se trasladó a Alhaja, un pueblo de la misma provincia.

—Y allí ayudé a constituir el Casino Republicano, y actué entre los elementos más decididamente hostiles a aquella Monarquía, que ya no podía subsistir. Era cuando, frente a la dictadura del general palatino, el mal-estar nacional iba cuajando, en una sola fuerza formidable, la protesta de todas las zonas y todas las clases del país. Y, como ahora en el antifascismo, en la antimonarquía se juntaban con el pueblo—secularmente incompatible con el régimen y con sus viciadas instituciones—un amplio sector de la burguesía liberal, militares y civiles, republicanos y socialistas, comunistas y libertarios... Hasta que me correspondió el servicio militar. Lo hice en el Negociado de Justicia de la Capitanía General, en 1930. Con la Monarquía, al principio, y después, con la República. Con aquella, a las órdenes de Cavalcanti, y a las de Cabanellas, cuando la República triunfó.

En la revolución de Octubre

—Luego, al cumplir el servicio militar, volví a mi escuela, destinado a un pueblecito serrano. Y en aquel pueblecito, al llegar el Octubre de la revolución, formé parte del Comité que había de organizar allí el movimiento. Cuando fracasó, me detuvieron por «petardero», «explosivero» y qué sé yo cuántas cosas más, y me procesaron, en compañía del diputado provincial de Huelva camarada Bilbao. De la jurisdicción militar pasé a la civil. Y la causa iba a verse ante la Sala Segunda del Tribunal Supremo cuando, con el triunfo del Frente Popular, en las elecciones del 16 de Febrero, quedamos en libertad. Y otra vez a mi escuela, y otra vez a la acción política y social por las libertades del pueblo. Entonces constituí allí las J. S. U., de las que se me eligió presidente.

El comandante Pavón reconstituye fácilmente, con una expresión de cálido entusiasmo, la emoción de aquellas juventudes que empezaban a prepararse, casi sin plazo ya, para levantar rabiosamente el puño crispado ante la sublevación militar inminente.

Aquel maestrillo de la Sierra que es ahora el COMANDANTE PAVÓN

Frente a la sublevación militar

—Con aquellos camaradas de las Juventudes Socialistas, a los que se incorporaron muchos elementos antifascistas de todas las organizaciones, salí a recorrer los cuarteles de la Guardia civil por toda la comarca tan pronto como estalló la sublevación militar. Y o se entregaban, o los tomábamos por asalto. Así nos armamos. Y luchamos contra los sublevados en todos los frentes del Sur—dice el comandante Pavón—. Y añade:

—Nuestro último ataque fué en las inmediaciones de Higuera de la Sierra, donde con unos setenta fusiles y mil y pico de escopetas de caza hicimos cara al invasor, que avanzaba con un material de guerra impresionante. Artillería, Aviación... Era obligada la retirada. A ocho kilómetros por Aracena, estaba ya el enemigo; por otra parte, después de tomar Huelva, avanzaba por Valverde del Camino. Y por Mérida y Zafra, rodeándonos e impidiéndonos ir hacia Madrid, que sabíamos permanecía leal.

Pero a Madrid había que venir, fuese como fuese. Y el comandante Pavón recuerda cómo con algunos camaradas de «su guerrilla» de la Sierra andaluza se unió a una expedición que saldría de Jerez de los Caballeros con dos camionetas cargadas de bombas, dos tanques de la Campsa, con gasolina, y unos cien hombres decididos, cruzando las líneas rebeldes aprovechando la obscuridad de la noche, con los faros de los coches apagados, para evitar algún encuentro.

—Hasta el pueblo de Alange, en poder del ejército enemigo, por el que no podíamos pasar. Retroceder, tampoco era posible. Y



Maestro ayer, hoy jefe del Ejército Popular, el comandante Pavón es una de las nuevas figuras más destacadas y estimadas entre los combatientes...

tuvimos que tomar el pueblo. Así llegamos a Castuera, donde hicimos entrega de todo el material que llevábamos al Batallón de Choque, de Huelva, que estaba allí. Y ya, seguido, a Madrid para continuar la lucha. Conmigo, en la misma expedición, venían el secretario del Sindicato Minero de Nerva, Silverio Castañón, que había sido condenado a muerte por su intervención en la revolución en Asturias, en su pueblo, Turón, y el cabo de la Guardia civil de Nerva, que se había colocado a nuestro lado desde el principio de la sublevación militar. Y los tres formamos en Madrid un Comité para organizar aquí un batallón de Riotinto con los camaradas evadidos de aquella cuenca minera. El batallón se formó el día 15 de Septiembre, con Castañón de comandante, y de capitanes, el cabo de la Guardia civil de Nerva y yo. Poco después salíamos para Santa Cruz de Retamar.

Cuando cayó el teniente Moreno

La guerra iba tomando ya un ritmo decisivo en aquellos combates del Tajo, que empezaban a amenazar a Madrid.

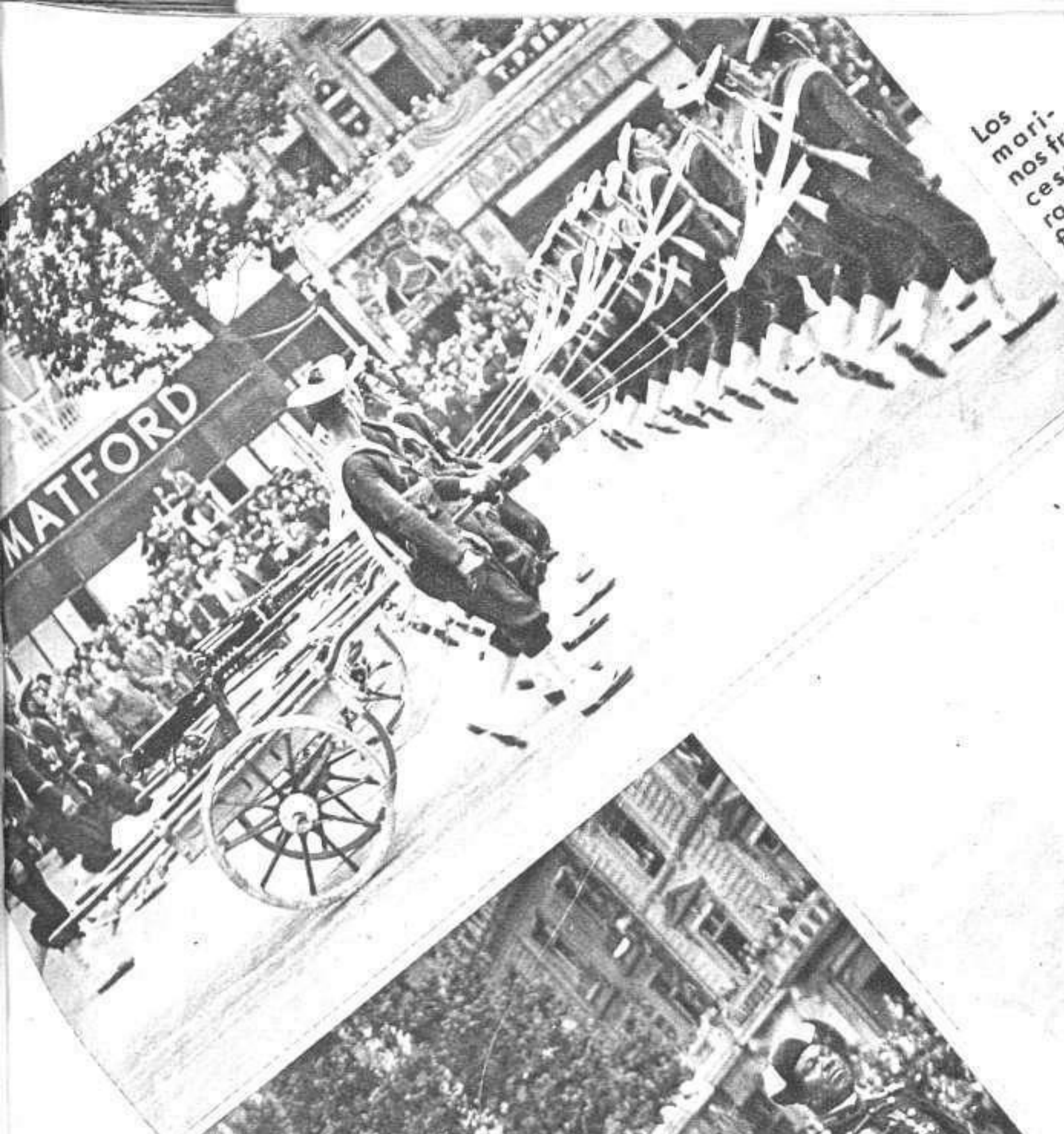
—En todas aquellas operaciones—sigue diciendo el comandante Pavón—tomamos parte. Y de entonces conservaré siempre un triste recuerdo. Una noche, al mando de dos compañías, hube de salir a recoger los cadáveres de unos aviadores nuestros que habían caído ante nuestras líneas, a doscientos metros de Villamej, ocupado por el enemigo. El aparato estaba destrozado. Y de entre sus hierros—retorcidos, como si también la materia insensible estuviera expresando desesperación—mis propias manos fueron extrayendo los cuerpos rotos de nuestros camaradas. El teniente Moreno era uno de aquellos infortunados aviadores.

Luego... El camino triste que conduciría a la defensa cerrada, terca, difícil y casi increíble de Madrid.

—Valmojado, Navalcarnero, donde el jefe de la columna me dió el ascenso a comandante; Móstoles... El enemigo, mirando ya como presa segura a Madrid. Y desde entonces, en Carabanchel, como comandante del 4.º batallón, en el sector conocido por «el sector de la muerte», por las minas con que bajo la tierra, que no podía ser más que nuestra o de nadie, íbamos cerrándole el paso al invasor. Allí, de Enero a Junio, a las órdenes del teniente coronel Rovira, reconquistando palmo a palmo el terreno a fuerza de golpes de mano. Hasta ahora, en que se me destina a una de las brigadas del quinto Cuerpo de Ejército—dice el comandante Pavón.

De cara a un nuevo capítulo de su vida, que todavía no está escrito. Pero que él se dispone a dictar con otro esfuerzo antifascista más. O con tantos como sean precisos hasta la victoria que ya en la paz pueda volver a cambiar al comandante en aquel maestrillo de la Sierra. «Si como maestro puedo serle al pueblo más útil», dice—. Pero en seguida añade: «Aunque ya metido en esto, parece que le he cogido afición».

José ROMERO CUESTA



Los marinos franceses du- rante el des- file militar cele- brado en París con motivo del aniversa- rio de la toma de la Bas- tilla

El aniversario de la toma de la Bastilla



El desfile de los ca- rros de asalto por los Com- pos Eliseos

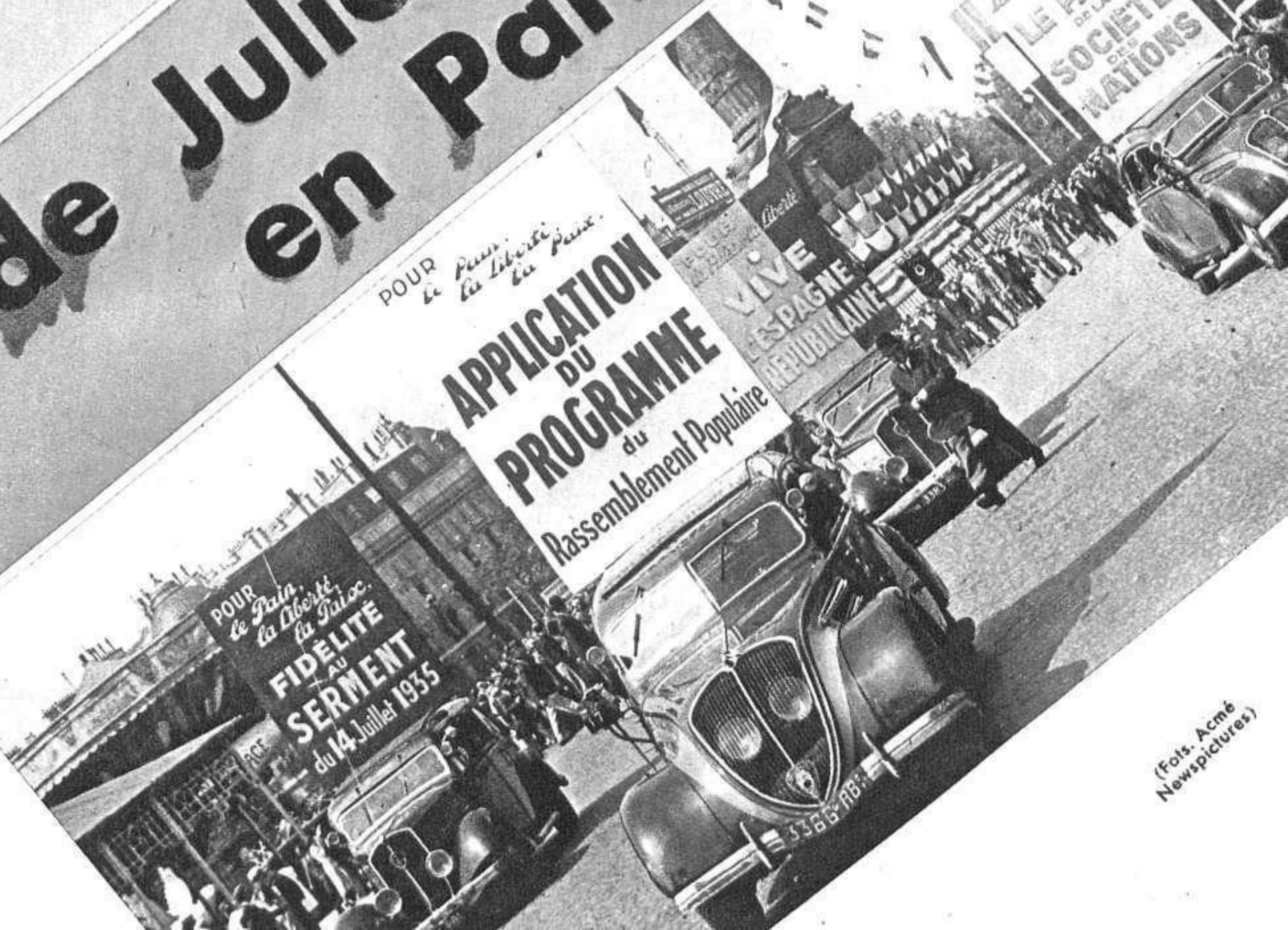


Las tro- pas marro- quíes en el desfile militar del 14 de Julio

14 de Julio en París



En los desfiles del 14 de Julio se hicieron ex- presivas manifes- taciones de ad- hesión al Go- bierno de España



(Fots. Acme Newspictures)

Los precursores de los gases de combate

De la cal viva al rocío de la muerte, y de la guerra del Peloponeso a la batalla de Ypres

FRECUENTEMENTE se lee que el arma química es la última palabra de la guerra. Sin embargo, no es difícil encontrar en la Historia ciertos métodos y medios de lucha que pueden, en realidad, considerarse como antecedentes de la moderna guerra química. Hay muchas batallas lejanas en las que, junto a las flechas y a las piedras, se emplearon como arma de combate sustancias de naturaleza cáustica y lacrimógena.

El recuerdo más distante es el de las guerras del Peloponeso. Durante el asedio de Beocia, los espartanos acumularon junto a las murallas de la ciudad grandes cantidades de leña impregnadas en pez y azufre, que al prender, merced a vientos favorables, ocasionaron humos tan espesos y dañinos, que hicieron irrespirable la atmósfera de la población sitiada.

En Albania, cuando los romanos quisieron apoderarse por sorpresa de la ciudad de Ambracia, cavaron galerías subterráneas. Al darse cuenta los sitiados, salieron a su encuentro, y la lucha se entabló en el interior de la tierra. Se prolongaba el combate, y para decidirlo los defensores llevaron a aquella zona subterránea de lucha gran cantidad de plumas mezcladas con pez y resina, prendiéndolas fuego e insuflando al mismo tiempo con un fuelle una corriente de aire. El humo que con esto se produjo fué tan irritante, que en muy poco tiempo la mina quedó desalojada de invasores.

Durante el sitio de Constantinopla fué inventado el «fuego griego», que era un compuesto de azufre, pez, resina, petróleo y cal viva. Esta, al ponerse en contacto con el agua, producía el calor necesario para que se inflamara toda la mezcla.

En la famosa batalla naval de Ponza, entre aragoneses y genoveses, parece que éstos emplearon como arma de agresión unas vasijas de barro llenas de ceniza y polvo de cal, que se

rompían al caer sobre los barcos aragoneses, esparciéndose su contenido y haciendo imposible la visión, entre molestias terribles.

Leonardo de Vinci, ante las agresiones de los turcos a la República, recomendó el empleo de cal viva y oropimente en polvo finísimo, cuando el viento fuese favorable.

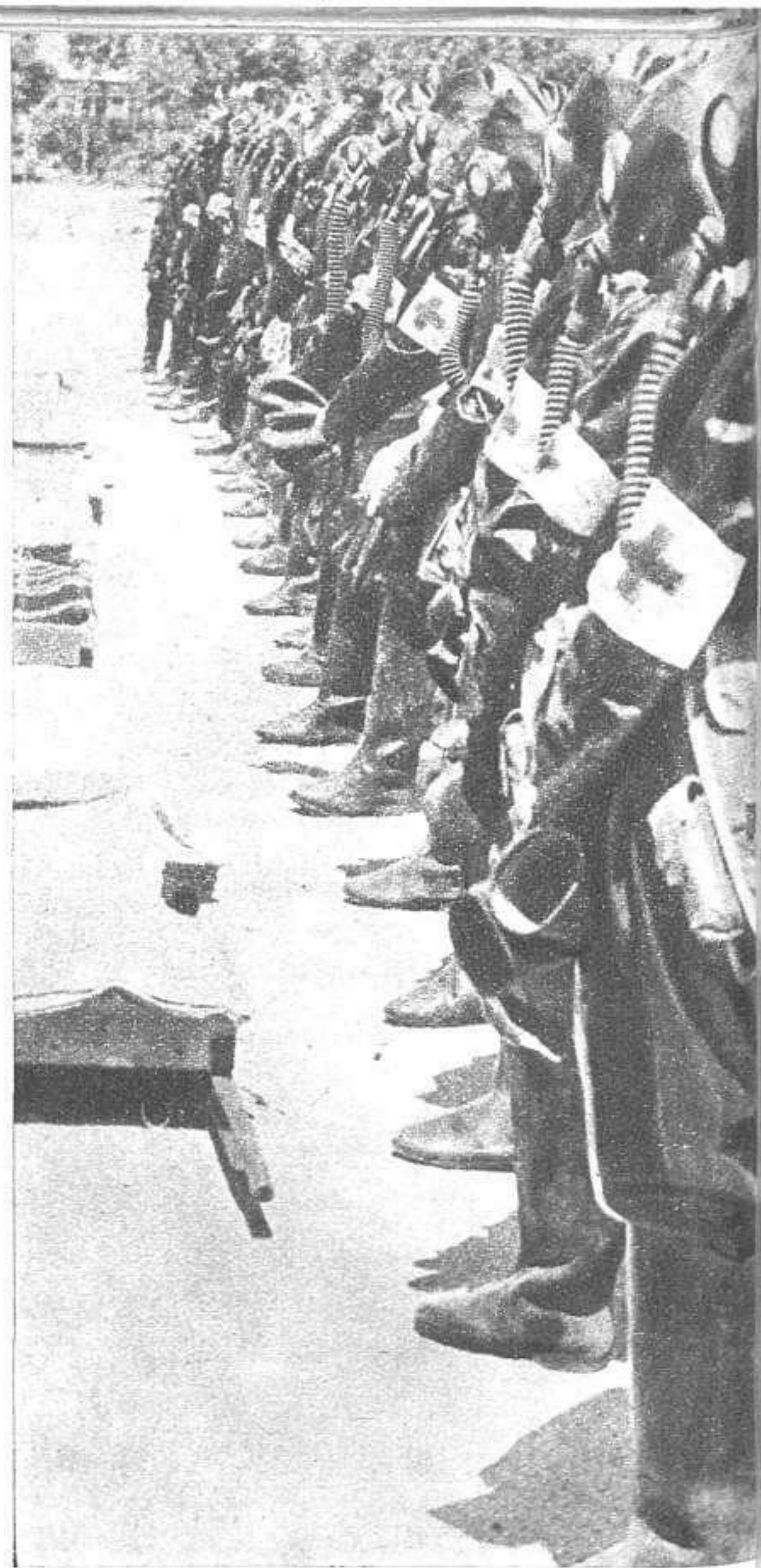
Dos siglos más tarde, Carlos XII de Suecia, para ocultar los movimientos de sus tropas al enemigo, utilizaba espesas nubes de humo.

Y mucho más cerca de nuestro tiempo, en la guerra de Cuba, los indígenas empleaban unas bolas de fósforo, recubiertas de manteca, que arrojaban por las noches a los cañaverales. Cuando salía el sol se derretía la manteca y el fósforo se inflamaba.

Claro es que, a pesar de todos estos hechos, que pueden considerarse como antecedentes de la lucha química, ésta es en la Gran Guerra cuando verdaderamente aparece. En la madrugada del 22 de Abril de 1915, los alemanes atacaron con cloro al ejército aliado. Una densa nube de color amarillo verdoso avanzaba lentamente, penetrando en todas las hendiduras del terreno y dejando en estado comatoso a todos los hombres de una división. Ocho minutos duró el ataque. En un frente de diez kilómetros quedaron cinco mil hombres muertos. El resto, hasta quince mil, fué pereciendo en ambulancias y puestos de socorro.

A partir de entonces se emplearon muchos lacrimógenos y sofocantes. El 17 de Julio de 1917, en el frente de Ypres, apareció la terrible iperita o gas mostaza, que produce, al mismo tiempo, efectos tóxicos y llagas fácilmente ulcerables.

Se llegó también, en esa dramática progresión de los medios de lucha, al empleo de arsinas o rompemáscaras, que obligaban a desposeerse



El grupo Antigás, de la Cruz Roja madrileña (Fot. Videal)

de los medios de defensa. Apareció, finalmente, la lewisita o rocío de la muerte: olfa a geranio, y su acción era semejante a la de la iperita, pero de efectos mucho más rápidos. No llegó, sin embargo, a utilizarse este gas de guerra. Cuando llegaban a Europa los primeros envíos firmaron el armisticio las naciones combatientes.

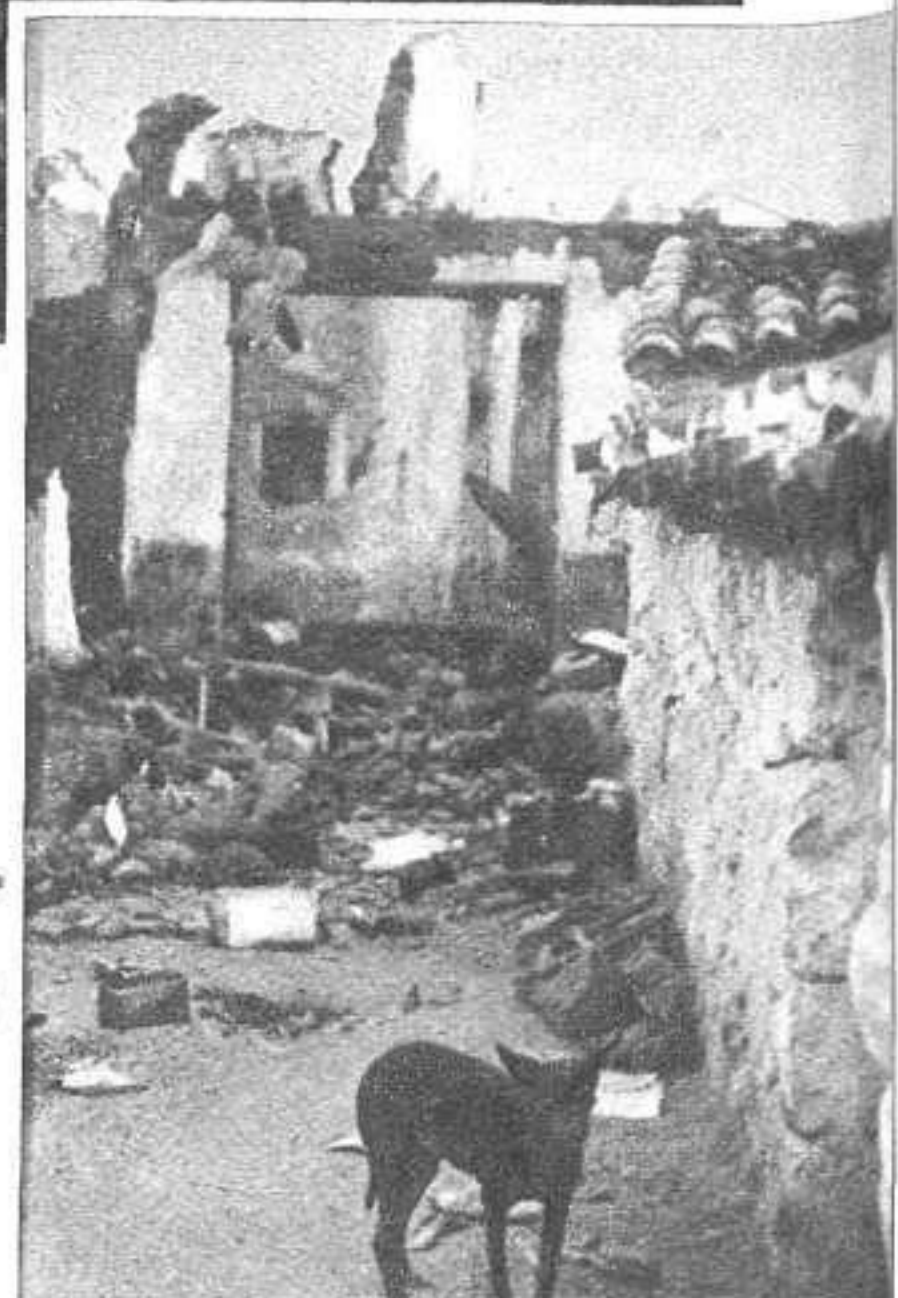
Bombas sobre Guadalajara y Colmenar



Una perspectiva de la Inclusa de Guadalajara después del bombardeo de hace unos días sobre esta ciudad

Los restos de lo que fué Inclusa de Guadalajara (Fots. Díaz Casariego)

Colmenar Viejo... A la puerta de un hogar destrozado, el perro aguarda inútilmente la llegada de sus amos, muertos en el bombardeo



**La obra
magnífica de
amor y caridad
de la Asociación
Valenciana
de Asistencia
Social
Sanchís Bergón**

TIENE Valencia, desde hace treinta años, un lugar de amparo y caridad para el pobre, que antaño se llamó Asociación Valenciana de Caridad, y ahora, de Asistencia Social Sanchís Bergón, en memoria del fundador de esta Institución.

Siempre ha sido esta Casa de amor y asistencia para el necesitado cariñosamente cuidada por los valencianos. Donativos oficiales y particulares han sostenido la magnífica obra de asistencia social. Diariamente han acudido allí, y acuden ahora con mayor intensidad, gran número de menesterosos, de faltos de albergue y comida, con mayor fundamento hoy por los que huyeron de la metralla enemiga y quedaron sin pan ni hogar.

El albergue está perfectamente instalado y atendido. Una nave para hombres y otra para mujeres. Sobre ellas, diseminadas las camas individuales, metálicas, con ajuar completo. De trecho en trecho, junto a una cama, aparece otra más pequeña, para los hijos de los albergados. Hay calefacción en invierno, magnífica ventilación, cuartos de aseo, duchas...

El comedor es amplio. Una nave extensísima, limpia; largas mesas de mármol, sobre las cuales se sirve buena y abundante comida. El comedor es ahora general. Antes existía otro, llamado de pobres vergonzantes, que eran aquellas personas muy conocidas que por reveses de fortuna, arrastrados en edad avanzada a la miseria, comían aparte. Claro que en los dos comedores se ha servido siempre la misma comida.

Ahora ha cambiado esto. Ha desaparecido la

separación de los dos comedores, y juntos se sientan todos en los mismos bancos.

La Institución cuenta también con una escuela alegre, dotada de material moderno pedagógico, en la que reciben enseñanza los niños de los refugiados.

Al iniciarse el movimiento antifascista en Valencia, y dominada ya completamente la insurrección militar, la Institución de Asistencia Social Sanchís Bergón permaneció exactamente igual, puesto que no era uno de esos establecimientos que sólo atendían al que era de marcada tendencia derechista, sino que daba comida y lecho a todo el que llegaba a sus puertas. Y pronto, muy pronto, prestó servicios extraordinarios en favor de la causa del pueblo. Las puertas de la Casa se abrieron de par en par para recoger la enorme cantidad de evacuados que llegaban a Valencia.

Desde el 14 de Septiembre de 1936 al 5 de Junio de 1937, en que fueron retirados los últimos, se atendió en la Asociación Valenciana de Asistencia Social Sanchís Bergón a siete mil evacuados de diferentes provincias.

Puede decirse que todos los organismos, durante ese período, no han dejado de prestar su más firme apoyo a este comedor y albergue. Sobre todo, en la cuestión de la alimentación. Ahora, a partir del mes de Abril, la Delegación de Asistencia Social viene facilitando todos los artículos para el racionado.

Al crear el Ministerio de Asistencia Social los diferentes refugios para evacuados, se desglosó este establecimiento de tal menester, empleándolo otra vez para lo que se fundó. Esto es, para atender, cuidar caritativamente a los faltos de ayuda, a los menesterosos. A los que una sociedad egoísta y brutal explotó inicuaamente dejándolos abandonados cuando ya no les han servido para nada.

FAUSTO LAMATA

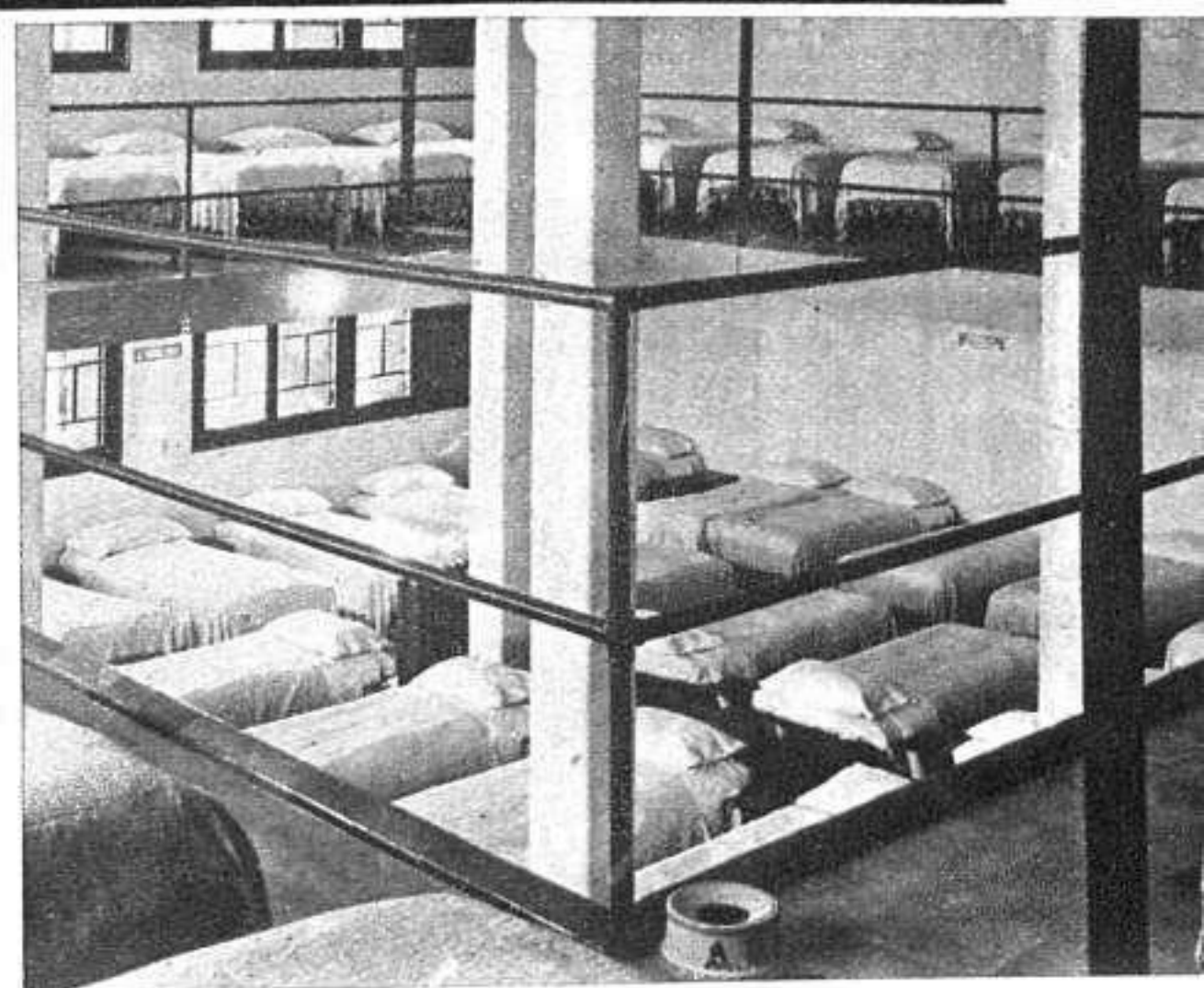


← Algunos de los evacuados que han sido asistidos por la Asociación Valenciana de Asistencia Social

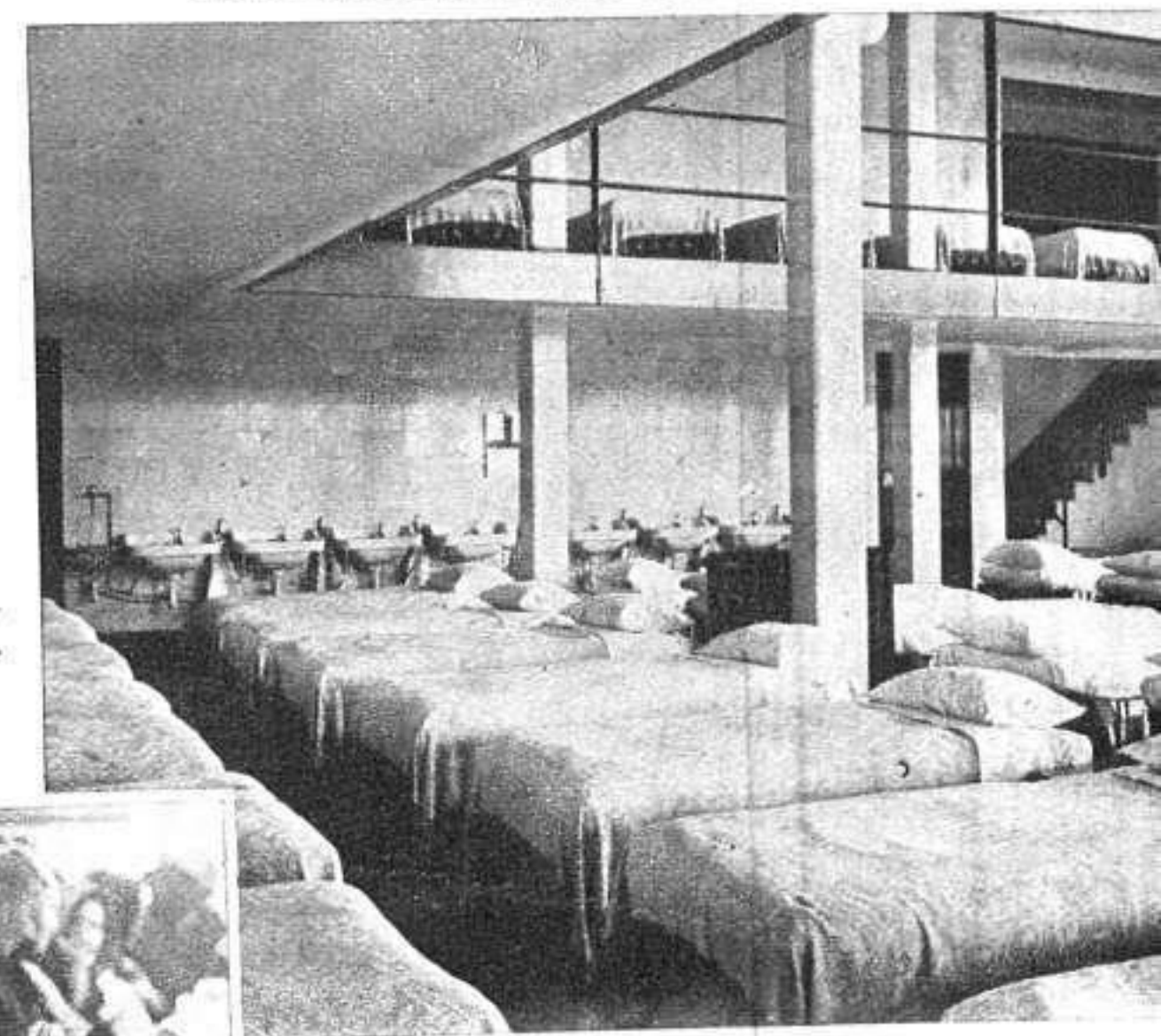
El comedor de la Asociación Valenciana de Asistencia Social Sanchís Bergón
↓



VALENCIA



Dos aspectos de los dormitorios de esta admirable institución valenciana



ESTAMPAS DEL MADRID HEROICO

LA PUERTA INVIOLABLE

PUERTA de Hierro. El merendero. El frondoso pinar alledaño, que en tardes de domingo tenía un aire abigarrado de romería popular. Vericuetos amables; senderos que el Amor recorría a paso lento, embriagándose de sí mismo y de la clara poesía de las noches lunadas; meriendas mesocráticas, sana jocundidad plebeya, paréntesis y respiro en días festivos de la alegría popular; desquite a pleno aire, a pleno sol, del pulmón fatigado toda la semana en el ambiente de la fábrica, del taller o de la oficina, o en la cuadrícula de la casa humilde, perdida en la colmena inmensa, en la red apretada de las calles municipales y espesas.

La guerra ha pasado por aquí. Como un temblor sísmico, abatió montecillos y elevó crestas, en las que floreció una vegetación de espigas de acero—fusiles vigilantes—; cráteres de explosiones entre el bosque, y en las hondonadas eglógicas, donde antes el murmullo suave de los regatos, trepidar de motores. Pinos mutilados por un balazo, y en los enhiestos, la corteza rugosa con lepra y cicatrices de metralla.

La puerta monumental, incólume. Símbolo auténtico. Es entrada de Madrid y, como tal, inviolable, realizando el prodigio de ser hermética a pleno aire, sin murallas que la sostengan ni la cerquen. Armónica, afiligrada,

La guerra ha pasado por aquí. Puerta de Hierro, viejo escenario del Madrid popular, es hoy fondo a las estampas de la lucha. Y en los merenderos que había junto a la Puerta famosa—esqueletos milagrosamente en pie—hay ahora huellas trágicas de guerra

nada, piedra y hierro, la luz la decora y el aire la traspasa.

Pero nada más que el aire. Puerta que no cierra nada, es, sin embargo, puerta de Madrid. Y su llave no se entrega. No existe. No tiene cerradura, ni picaporte, ni cerrojo. Ni la violencia del asedio, ni la ganza de la traición podrán abrirla, por consiguiente. Se puede hacer saltar una puerta que cierra, se puede violar un mecanismo que resiste. Pero una puerta que no intercepta, que es sólo un pretexto y un motivo dibujado en el aire, una puerta ideal, ni se fuerza, ni se rompe, ni se entrega. Por eso es la puerta mejor de este Madrid heroico, porque es ideal, y se vence a la materia; pero no al ideal, que es el espíritu.

Al lado izquierdo de la puerta, las ruinas del merendero famoso. Ya eso era materia, y la metralla pudo con ella. Aun quedan los muros del albergue, que también eran, aun en tiempos de paz, un pretexto. El madrileño de raza o de adopción conoce bien este merendero, situado estratégicamente en el camino, respondiendo a la castiza tradición pantagruélica. Enfrente, el bosque sonoro y esmaltado de gratas sombras. Detrás, el río manso y modesto. Todas las condiciones para el rito agrario, solar y fluvial. A las puertas mismas de la ciudad, un remedo de Naturaleza libre. El pinar fragante, el camino libre y el agua—agua del Manzanares—, que ya se ha reivindicado de siglos de sátira y de sainete al empurpurarse con sangre de epopeya.



Este merendero de Puerta de Hierro tenía una recia enjundia castiza. Era punto de cita, en los buenos días invernales y en las tardes magníficas del verano, para todo divertimento o convivio popular. Su apogeo coincide con los años típicos de los «simones» y los primeros tranvías.

Llegar hasta allí, para los menestrales y la clase media madrileña, tenía categoría de viaje. La excursión, con la prole y la impedimenta, representaba una efemérides. No era el merendero de arrabal, chulón y organillero para la gente del bronce. Tenía

de caballos un aire de viaje y de aventura.

Fué luego, coincidiendo con los motores de explosión, cuando el merendero, empezó a declinar, y precisamente por eso, a hacerse más entrañable y acogedor. Para el automóvil, Puerta de Hierro estaba demasiado cerca, era demasiado asequible. Y con los primeros autos vino el auge de la Cuesta de las Perdices, de los restaurantes de Las Rozas... Estaba bien delimitada la zona de influencia. La Cuesta fué el símbolo del Madrid juerguístico, de los señoritos pará-



Los alrededores de Puerta de Hierro: cañoneo y fusilería donde hubo antes música de organillos →

El puesto de gasolina de Puerta de Hierro, con la partida de las dos carreteras: la del Pardo y la de La Coruña (Fots. Videca)

un aire pacífico y hogareño, una cordialidad y una sencillez pueblerina.

El «día de campo» para el ciudadano medio y la familia proletaria encontraba su justa expresión en este merendero, que no era ya «venta» antigua ni todavía moderno restaurante; que no estaba ya en la ciudad, ni tampoco lejos de ella. Era, justamente, el término municipal; hasta él era Madrid; pasado él, ya no era Madrid. Y eso daba a la modesta excursión en tranvía o en coche

sitos y los burgueses que querían aislarse, con pudor hipócrita, para sus placeres. La Cuesta de las orgías estúpidas y la grey servil de bufones, Venus mecánicas y turbios amaneceres...

Por su fortuna, el merendero de Puerta de Hierro siguió siendo el lugar de convivio honesto, de la sana jocundidad popular. El oficinista, el obrero pudieron seguir yendo con sus familias a «un día de campo», sin temor al encuentro con la plebe pseudo-

brillante que en los restaurantes lujosos de la Cuesta y de Las Rozas exhibía sus lacras mercenarias.

Todavía, viejos toreros, viejos aficionados, recordaban que en terrenos del merendero estuvo una Escuela Taurina, donde ensayaban sus proezas futuros héroes populares.

Y he aquí que este sitio, acaso por su profunda enjundia popular, no ha corrido la suerte de aquellos otros más lejanos—la Cuesta, Las Rozas—, que eran, para Madrid, como postizos de un lujo exótico.

Por Puerta de Hierro ha pasado la guerra; pero no ha hecho nido en ella el enemigo. Es puerta de Madrid; puerta sin llave ni cerrojo, puerta ideal.

Y por eso, precisa y simbólicamente, por ser de Madrid, abierta y libre, defendida por el brío y el espíritu del pueblo, puerta infranqueable y sagrada.

J. F.

De las trincheras próximas a Madrid

El paisaje castellano, la "zona de nadie" y el cocinero de Romanones

Paisaje

ESTÁ la tarde tan tranquila, que uno se olvida de la guerra para ganar vientos de altura y recoger visiones de paisaje. Si no fuera porque del cuello para abajo se está prisionero en la humedad pegajosa de las zanas de primera línea, uno podría dedicarse a describir el paisaje, que en esta hora exacta en que el sol tiene un mensaje de brumas tibias para prepararse la cama es más paisaje que nunca. Y lo es porque la luz lleva ya más de dos horas sin quebrarse sobre las nubecillas de humo que levantan los fusiles y las máquinas en el diálogo ronco y loco de las trincheras. Hay un silencio que ni allí ni aquí se quiebra, no sé si por consigna tácita para evitar localizaciones o por el deseo, tácito también, de no turbar la tarde serena con explosiones que quiebren un silencio grato a estas piedras peladas, hechas al puñal del frío de las alturas y al recuerdo constante del verdín hecho relieve bucólico en las arrugas de la superficie.

Con la última luz del sol, el paisaje se bebe los últimos rayos de luz, como si al día siguiente no volviera a sentir el optimismo de nuevas claridades. Hay frente a los parapetos—suprimamos nombres propios—un pueblo acurrucado en un valle, y junto a él, una extensa mancha verde de pinos. Y más

en primer término, la espada ocre de una carretera clavando su punta en el horizonte y ofreciéndonos a nosotros, junto a los sacos terreros, la empuñadura por la que en un cruce de caminos pueden ya circular nuestros coches, aun cuando sigan siendo un blanco propicio para las explosivas de las máquinas facciosas, camufladas entre los pinos. Detrás hay un paisaje con sabor histórico, por donde—piedras peladas, austeridad de tierra castellana desnuda—paseó su sombra oscura el Arcipreste de Hita, a la busca y captura de las manzanas en agraz de las mejillas campesinas, y el rey sombrío acarició sueños melancólicos de misóginos, hasta cuajarlos en soledad de edificio grabado en piedra dura y cuadrulado en ventanas, hartas ya de reflejarse en un espejo de aguas muertas flanqueadas de bojés.

Ni tuyo ni mío

—Del camino para allá—me dice el comandante de esta posición— es de ellos; del camino para acá es terreno nuestro.

En uno de los flancos del camino hay una casa pequeña, entre chalet de reposo campesino y hogar escueto de peones camineros.

—A veces—sigue diciéndome el comandante—, nosotros llegamos hasta allí, y la

casa es nuestra. En otras ocasiones, por imperativos tácticos, tenemos que permanecer en esta línea de trincheras, y son ellos los que llegan hasta la casa. En realidad, ese trozo de terreno es lo que en la guerra se llama «zona de nadie».

Detrás de esa «zona de nadie» está la mancha verde de los pinos, propicia al preparar solapado del tartamudeo de las ametralladoras. Delante, nuestros parapetos, hechos con piedra dura y calva, de paisaje sobrio, donde también hay ojos y oídos atentos a la llegada de la sorpresa. Y unos gemelos magníficos, que el comandante me presta para que sienta perfilarse el paisaje faccioso sobre la palma de la mano.

«Yo era...»

—¡Cuidado!

Quien me da el grito de atención es un soldado con aire ciudadano y maneras distinguidas. Un soldado al que la monda oficial de la cabeza no ha conseguido quitarle un aire viejo, medio de señorito y de menestral, con maneras de hombre que sabe desenvolverse entre un grupo de conversadores dispuestos a lanzar muchas flechas de interrogaciones. Es un mozo de veinticinco años, de manos pulidas que todavía no han conseguido encallecer las horas de trincheras y las huellas de la pólvora y de la tierra de los parapetos. Y un ejemplo, además, de estas sorpresas con que se encuentra el reportero a la hora de abrir la puerta al pretérito de los combatientes. Véase:

—¿Qué eras tú antes de ser soldado?

—Cocinero de Romanones.

ANTONIO DE LA SERENA

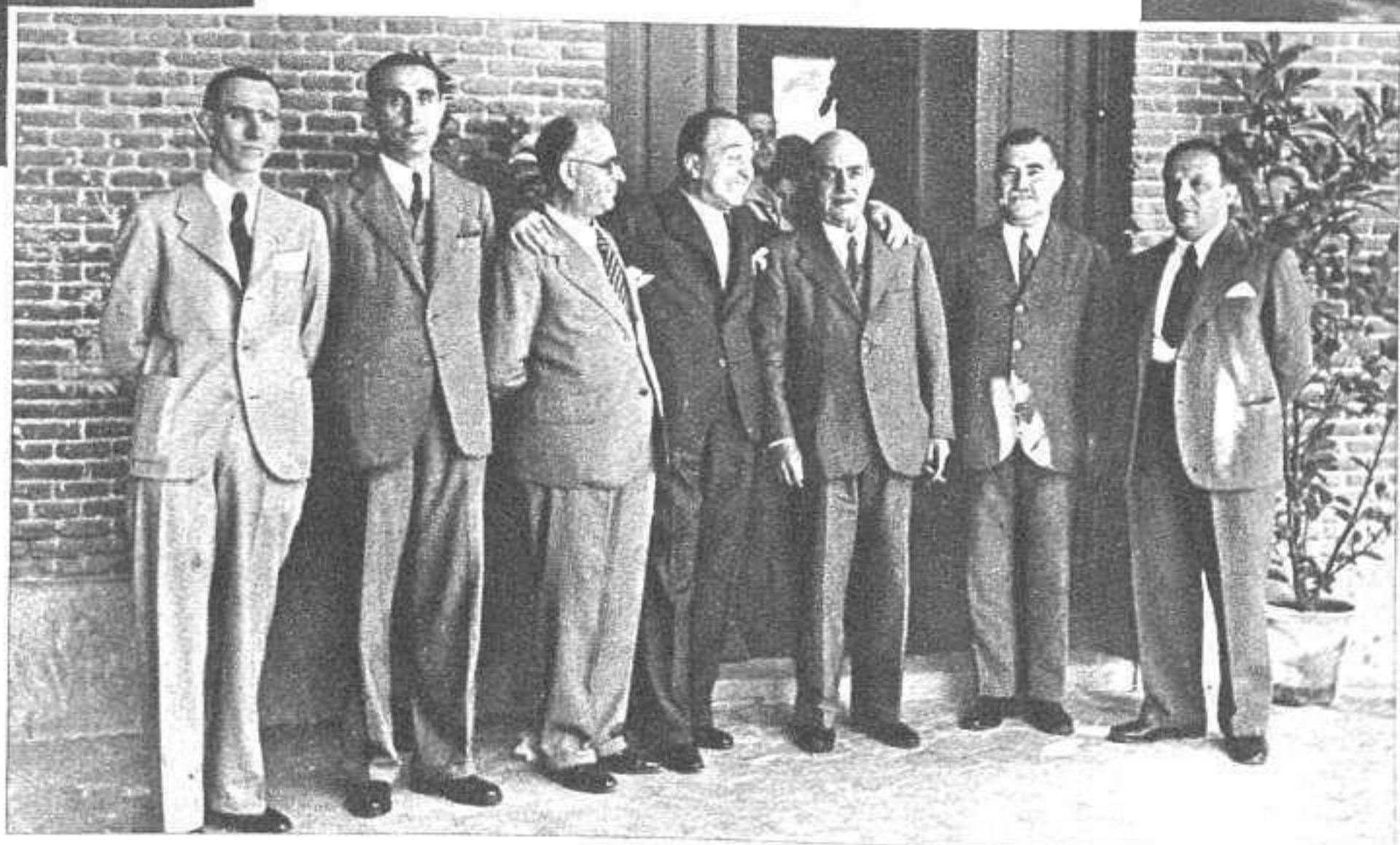


La esposa de Luis Zubillaga, el inspector general de Prisiones, Prudencio Requena, Zubillaga y Vizcaya, en el acto inaugural del Hospital Penitenciario

Se ha creado en Madrid un Hospital Penitenciario



Andrés Vizcaya, delegado adjunto del Comité Internacional de la Cruz Roja, probando la comida que se sirve en el Hospital Penitenciario



En el centro: Melchor Rodríguez—iniciador del Hospital Penitenciario—, rodeado de los directores de las prisiones madrileñas, el día de la inauguración. A la derecha: Prudencio Requena, el director del nuevo establecimiento

HACE unos cuantos días se inauguró en Madrid un Hospital Penitenciario. Personalidades oficiales, palabras de cortesía, magnesio... Pasó esta jornada de la inauguración, y el Hospital entró en la vida tranquila

—melancolía suave, convalecencias bajo el sol—, que había de acompañar ya siempre a sus horas.

Hospital, cárcel... Las dos viejas palabras dolorosas se juntan en el edificio ahora inaugurado. Y, sin embargo, en cuanto se ha traspuesto la entrada, esta primera sensación sugerida por el rótulo del local se borra y muere. Todo es aquí claro, ordenado, bruñido. Chorros de sol entran por todas partes. Tras las ventanas numerosas, el horizonte azul de los alrededores madrileños. El director, Prudencio Requena—cordialidad, efusión, sentido alto, justo y humano de las cosas—, nos acompaña en la visita. Tres salas—de una magnífica limpieza—, el comedor, un cuarto de duchas, una pequeña farmacia, una sala de curas, la cocina... Fuera, en el patio que hay junto a la entrada, unos cuantos enfermos leen bajo el sol último de la tarde.

La historia del Hospital Penitenciario es breve. Cuando Melchor Rodríguez, hace unos cuantos meses, se hizo cargo de la Dirección de Prisiones, vió de cerca los problemas que planteaban en este sentido las consecuencias de la guerra. Uno de esos problemas era el de la creación de un Hospital Penitenciario, en el que pudiesen hallar tratamiento adecuado los reclusos cuya

enfermedad saliese de las márgenes de las enfermerías habituales de las prisiones. Melchor Rodríguez creó así el Hospital Penitenciario, y su iniciativa fué secundada con algunas colaboraciones entusiastas: la de la Cruz Roja Internacional, por ejemplo—a través de su delegado, míster Arbenz, y del delegado adjunto, Andrés Vizcaya—; la de la esposa de Luis Zubillaga—abogado y periodista, director hoy de la Audiencia madrileña—. El Hospital pudo ser una realidad, y ahora—cuando ya Melchor Rodríguez

ha dejado la Dirección de Prisiones—se ha inaugurado oficialmente.

Hallan asistencia en él sesenta enfermos, y su capacidad es para ciento veinticinco. Dos médicos están al frente del establecimiento, secundados por el correspondiente personal auxiliar. Hay también un farmacéutico.

Es la hora de la cena. Tortillas de huevo y bacalao, sopa de pescado. (La cena general; hay otra para los enfermos cuyo estado así lo requiera.)

—¿Quiere usted probarlo? Una cucharada de sopa, un trozo de tortilla. Excelentes.

Los enfermos van agrupándose para cenar. Muchachos, hombres viejos. El doble dolor de la falta de salud y de la libertad. Pero esta luz, este orden claro, mata toda idea sombría.

—Debo decir—habla Requena—que hay en todos—condenados políticos, claro—un absoluto respeto. Por nuestra parte, naturalmente, también. Para nosotros, en cuanto uno de ellos nos llega por esa puerta, es sólo un hombre encomendado a nuestra atención.

Todo lo demás queda fuera. Es un hombre confiado a nosotros, nada más.

Justas, sobrias palabras, llenas de sentido humano: todo un lema, todo un camino.

FERNANDO OSSORIO



De izquierda a derecha: Míster Arbenz, delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja; Miguel José Garmendía, inspector general de Prisiones, y Andrés Vizcaya, delegado adjunto del citado Comité Internacional

(Fots. Video)

Casas proletarias

ANTES del hito heroico del 7 de Noviembre, cuando en las conversaciones con sor-dinas de vecindad se aludía al avance de las hordas rifeñas por la tierra castellana que rodea a Madrid, llegaban al barrio cada minuto, con las palabras de los vecinos que venían del centro, las noticias más alar-mantes. Las mujeres las comentaban en los corredores y en los patios, poniéndoles un estrambote de gesto personal gallardo, a pesar de que los interesados en la hiper-trofia de la noticia adversa hacían todo lo posible por revestirla de caracteres in-timidantes. El barrio, siendo de Madrid, ya no parecía Madrid. Tenía un aire cam-pesino de pueblo propicio a la mirada de los automóviles rápidos, asomado a los flan-cos de la cinta de asfalto, a pesar de las casas altas, de muchos pisos, en los que se arracimaba una colmena humana de chi-quillos traviesos, mujeres afanosas en los quehaceres de la casa y hombres que cada mañana salían a su trabajo con el hatillo de la comida al hombro.

En una de aquellas casas vivía un matri-monio proletario. Los dos trabajaban fue-



Esqueletos de casas sobre el paisaje de los alrededores madrileños... (Fot. Videca)

Madrid heroico

LA CASA ASESINADA

ra de la casa. El, en una de las fábricas de energía eléctrica que surten a Madrid. Ella—cuarenta años prematuramente en-vejecidos en la faena constante y ruda de su casa y de la de los demás—, asistiendo en el domicilio «de unos señores que, a pesar de tener dinero, no son derechistas». Ella y él se entendían a maravilla a la hora de poner sobre la mesa, después de la pobre comida, el tema social como punto de partida para la conversación. El, marxista, y ella, también, apenas rozaban la discrepancia. Cuando ellos hablaban, aguzaban los oídos, atentos a las palabras de acuerdo, otras personas de la casa. Que eran...

Padrón de tragedias

Dos hijos pequeños. El varón, de once años; una infancia inteligente, abierta ya a la inquietud de la hora, con el grato sabor en los labios de los himnos proletarios y la gracia infantil de los desfiles de picneros. La hija, de ocho, todavía con un sueño de cuentos de color de rosa en el cerebro niño y un afán de cuna en los brazos para las muñecas que algunas noches le traía la madre a casa «porque se habían cansado de ellas las niñas de los señores». El padre y la madre de la compañera: dos viejos que ya habían pasado de los setenta años. Terne ella, envuelta en sus ropas negras, ya verdosas, por aquel hijo «que le mataron en el moro», y enfermo él, con la espalda encorvada, como si no quisiera desoír la llamada de la tierra, por el peso de muchos años de trabajos rudos, de afán por criar lo mejor posible a los hijos, y de noches de agonía cavilosa pensando en cómo se podrá adquirir el pan de mañana.

Y una estampa romántica, con pálido resplandor de literatura pasada, y un dolor

auténtico de enfermedad llegada de las manos del hambre: una sobrina tuberculosa. Una jovencita pálida, de sonrisa muerta, que a los diez y nueve años se había sentado ya resignadamente a la puerta de su casa para ver pasar la silueta de la Muerte.

En el hogar proletario, con lamentos del viejo y toses angustiosas de pulmón desgarrado, entre la risa sana de los niños, llamó el 7 de Noviembre con dedos violentos de arrebató. Pero antes...

La casualidad al quite

Dos días antes iba la mujer camino de la casa donde asistía, cuando vió ante sus ojos una representación plástica de los relatos que cada hora hacían las vecinas por los pasillos de la casa.

Cuando marchaba por la acera sintió cómo el aire se rizaba con el girar de los motores de seis aviones facciosos. Los tran-seúntes empezaron a poner en práctica un sentido elemental de defensa ante un po-sible bombardeo. La boca de los portales se tragaba la circulación callejera hasta dejar la vía casi desierta. Lejanas, con en-volturas de ruido de tranvías y de autos, llegaban unas explosiones sordas, que el oído de la mujer, hecho ya a la adivinación de la distancia y del calibre, reconoció como bombas. De pronto cayó una casi a sus pies. En aquel momento salían de un portal próximo tres mujeres, convertidas instan-táneamente en acerico humano, adonde fueron a clavarse las esquirlas del explosivo.

Entre una babel de gritos de dolor y de protesta, volvió la mujer a su casa. Allí la esperaban el dolor de las toses agoniosas y la risa de los hijos, ajenos a la frontera de dolor que les rodeaba.

La noche triste

Cuando en el aire se perfilaban ya las siluetas barrocas y los gritos salvajes de los moros, empezó a despoblarse el barrio. En todas las esquinas había mujeres con sus pobres ajuares al hombro, rodeadas de chiquillos, con un clima de espanto en los ojos, buscando un lugar tranquilo hasta el que no llegaran las balas explosivas ni el ronquido intimidante de los obuses y los morteros. En aquella caravana, flanqueada de dolor proletario, formó la familia: el ma-trimonio, los hijos, los viejos renqueantes por la parálisis del miedo y de los años, y la pobre mocita tuberculosa, que tosía más desgarradoramente que nunca. Salieron de noche, bajo una terrible lluvia de balas. A veces tenían que pararse, pegados a las fachadas, esperando una clara en la lluvia dé disparos. Así llegaron a una zona de la que ya no podían pasar. La artillería fas-cista había puesto una frontera de disparos, y era una locura intentar traspasarla. El resto de la noche lo pasaron en una al-cantarilla, con los pies metidos en el agua fangosa. Al lado de ellos estaba una vecina que había dado a luz el día antes. Cuando aun no había amanecido, estaba ya consu-mida por la fiebre, y al continuar la huída, con la primera luz del día, apenas podía sostenerse sobre los pies. Pocos metros más allá de la alcantarilla se derrumbó para siempre.

Junto al cadáver se detuvo un momento la tuberculosa para tomar aire y descansar del último ataque de tos.

«Cuando yo tenga nietos...»

Le pregunto a la pobre mujer que se quedó sin hogar:

—¿Y ahora?

—Ahora estamos menos. El padre murió a los pocos días de salir de allí. La sobrina, también ha muerto hace pocos días. Si no fuera por esta pena, sería más alegre nues-tra tranquilidad de ahora, en este barrio adonde no llegan los obuses.

Junto a la madre está una niña silenciosa, acunando una muñeca mutilada. De pronto alza los ojos dormidos en el regazo y dice:

—Cuando yo tenga nietos les contaré todo lo que ahora nos ha pasado.

ANTONIO OTERO SECO



PÁGINA DEL COMBATIENTE

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRÁFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

Un voluntario

La acción había sido muy dura. Habíamos rechazado, causándole muchas bajas, un fuerte ataque de la Caballería mora. Después recibimos orden de contraatacar, y salimos de nuestras trincheras como un solo hombre, y luego de una hora de mucha pelea, conseguimos desalojar al enemigo de sus posiciones. Como siempre, el camarada Fernando, un hombretón murciano como de cuarenta años, se había portado como un jabato. Era un gran tirador y, además, tenía un brío y un entusiasmo contagioso. Era de esos hombres que parece que gozan en la pelea y que les emborracha el ruido y el olor de la pólvora. Cuando había «fregado», se transfiguraba; lo cual formaba un contraste con su carácter, que, en las treguas de paz, era de lo más amable, llanote y dulce. Pocos compañeros he conocido tan «sentados», tan tranquilos, tan dispuestos a soportar sin la menor queja todas las molestias y penalidades de la guerra y a ayudar en cuanto podía a sus compañeros. Su modestia no era fingida, porque por su bravura nuestros jefes le habían querido ascender ya varias veces, y él lo había rechazado siempre de verdad, diciendo:

—Yo no quiero galones ni estrellas. Estoy convencido de que no sirvo para mandar. Además, para mis gastos personales tengo bastante con el sueldo de miliciano. Mi familia no necesita nada; tengo en mi pueblo un pequeño comercio que da para vivir. Ahora lo lleva mi mujer, y va bien.

A mí me chocaba, además, que Fernando, que por su edad estaba fuera de obligación militar, no manifestaba ningún interés por las conversaciones políticas, ni pertenecía a ningún partido. Lo había avalado para entrar en las Milicias el Comité del Frente Popular, y su conducta, verdaderamente heroica, era su mejor garantía.

Al fin, una tarde que descansábamos juntos, me contó la razón de encontrarse luchando. A mí me produjo gran impresión, ¡yojalá esos mismos pensamientos se les pudieran meter en la cabeza, y también en el corazón, a todos los españoles!

—Mira, muchacho—me dijo—. Yo era soldado el año veintiuno. Como lo éramos casi todos: sin entusiasmo y porque no había más remedio. Me faltaba un mes para cumplir, cuando ocurrió lo de Annual. Estaba en Málaga, de guarnición, y me llevaron a Africa. La verdad:

no me hizo gracia, porque no sentía la guerra. Estuve en Melilla, y aunque «se batía bien el cobre», la guerra a mí seguía repugnándome. Pero me tocó ser de los primeros que entraron en Nador, cuando se reconquistó, y aquello me volvió loco. Cuando yo vi aquellos montones de cadáveres bárbaramente mutilados; las mujeres, muertas y con los pechos cortados; los hombres, muertos, después de terribles suplicios, con sus atributos del sexo arrancados y clavados en el pecho, todo aquel espanto, aquel hedor de corrupción que nos impregnó durante muchos días los sentidos, no puedes imaginarte lo que pasó por mí. Lloré de rabia, de deseo de venganza. Me licenciaron, después de un permiso por herido, y si no hubiera sido porque mi madre estaba muy enferma, hubiera pedido el reenganche hasta acabar la campaña. Cuando estalló esta guerra, yo, la verdad, no pensé intervenir para nada; tengo mujer y dos chicos, y mi comercio me da para vivir. Pero cuando me enteré de que los fascistas habían traído moros a España, creí que el mundo se hundía o yo me había vuelto loco. Me parecía imposible que militares que habían estado en Africa, que habían visto los horrores de Nador, de Zeluán, de Monte Arruit; que sabían cuánta sangre y cuántas lágrimas le había costado Marruecos a España, trajesen contra nosotros a nuestros peores enemigos. No lo podía creer. Pero cuando ya no me podía caber duda, cuando vi retratados los primeros marroquíes prisioneros, ya no me pude contener... Te repito que tengo mujer e hijos, y acordándome de lo que había visto en Africa, se me subleva la sangre de pensar la suerte de las mujeres, de los niños, en los pueblos donde entraran esos canallas. Para evitar eso, un hombre debe dar, primero, hasta su última gota de sangre. Y aquí me tienes, voluntario. Y todavía sin comprender que haya habido españoles capaces de traer contra nosotros a los cabileños. España y el mundo entero tendrán que maldecirlos para siempre. ¿Qué clase de conciencia y de corazón tendrán esas gentes?—EMILIO BENITO.»

Una mujer del pueblo

«Era en aquellos días dramáticos que siguieron a la pérdida de Toledo. Los fascistas avanzaban sobre Madrid, y el esfuerzo gigantesco de las Milicias para contenerlos abría trágicos claros en nuestras filas. Yo estaba entonces herido y me hallaba en la nave central de la iglesia del Buen Suceso, que se había convertido en hospital de sangre.

La cama de junto a la mía, a la derecha, la ocupó aquella mañana un muchacho con una pierna destrozada por un mortero; a la de la izquierda trajeron a otro con una herida grave de cabeza.

A primera hora de la tarde, una mujer como de cincuenta años vino a ver a este último. Era su madre. El herido, con la cabeza y la cara casi totalmente ocultas por el vendaje, no podía hablar. La madre lo besó en una mejilla que le quedaba al descubierto, y se sentó al borde de la cama, sin hablar, sin llorar, como una estatua.

Al poco rato llegó toda una familia—cuatro o cinco personas— a visitar al herido de mi derecha. Venían tres mujeres, que se pusieron a lamentarse, a protestar, llorando e hipando desconsoladamente, maldiciendo la guerra, lamentándose de su mala suerte, etc., etc.

De pronto, la madre del herido grave se levantó en silencio, besó otra vez a su muchacho y se dirigió al grupo tan ruidoso. Encarándose con una de las mujeres, le dijo con tono de gravedad:

—¡Bueno está ya, compañera! Esta es la guerra, y hay que contener la pena, porque hay aquí muchos que están sufriendo y se impresionan y les hace daño el ruido.

—Pero, ¿cómo voy a aguantarme—chilló la interpelada—si éste es mi hermano, el único que tengo, y está herido?

Entonces, la madre, con un gesto que me produjo gran impresión, señaló a su muchacho, y contestó con un acento de dolor y de entereza que no se me olvidarán nunca:

—Pues, mira, compañera: ¡ése es mi hijo! A otros dos mayores y a mi marido me los han matado también en la Sierra. ¡Ese es el único que me queda, y ya ves cómo está! ¡Y no lloro, no lloro!—terminó, dándose un fuerte puñetazo en el pecho, como para acallar a su corazón—. Lo que siento es no tener más hijos. Si los tuviera, también los daría con toda el alma para que fueran a aplastar a los canallas que quieren dominarnos!—HERMINIO RUIZ GONZÁLEZ.»

LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA

MUNDO GRÁFICO ha publicado en sus últimos números los mapas siguientes de los frentes de lucha:

Frente de Guadalajara	(31 de Marzo)
Frente de Córdoba. Sector de Pozoblanco-Peñarroya	(7 de Abril)
Frente de Vizcaya	(14 de Abril)
Frente de Huesca	(21 de Abril)
Frente de Teruel	(28 de Abril)
Frente de Córdoba y Jaén	(5 de Mayo)
Frente del Jarama	(12 de Mayo)
Frente del Tago	(19 de Mayo)
Frente de León	(26 de Mayo)
Frente de Somosierra	(2 de Junio)
Frente de Navacerrada y Segovia	(9 de Junio)
Frente Oeste de Vizcaya	(30 de Junio)
Frente Sur de Santander	(7 de Julio)
Frente del Centro	(14 de Julio)
Frente de Asturias	(21 de Julio)

En nuestros números próximos publicaremos los mapas de otros escenarios de la guerra



Soy un convencido del alto valor terapéutico del **Hipofosfitos Salud**, el cual vengo empleando en todos aquellos casos en que es necesario un reconstituyente energético o un restaurador eficaz de las fuerzas orgánicas debilitadas por cualquier causa. -**Juan Gregorio G. Gómez, Médico. Pajares (Zamora).**

— **¿Por qué estás triste, papá...? Toma Jarabe Salud y verás que contento te pones.**

En su inocencia, este niño señala el verdadero remedio, el único, se puede decir, que con su actividad puede regenerar con rapidez ese decaimiento que ataca al hombre agotado por el trabajo intensivo, y también por los excesos.

La inapetencia, los dolores de cabeza y el cansancio, primeras manifestaciones de esos estados consuntivos, ceden a las primeras dosis, y poco a poco brotan las energías, el vigor físico y moral y el ansia de vivir, desapareciendo para siempre la **debilidad, la inapetencia y la neurastenia.**

Todo el que lucha en un medio sedentario, necesita fortificar los músculos y vigorizar el cerebro con el poderoso tónico reconstituyente

HIPOFOSFITOS SALUD

Está aprobado por la Academia de Medicina por ser un vitalizador completo y admirablemente dosificado. Puede tomarse en cualquier época del año sin que se altere su activa eficacia.

Pídase en frascos de origen pues no se vende a granel.

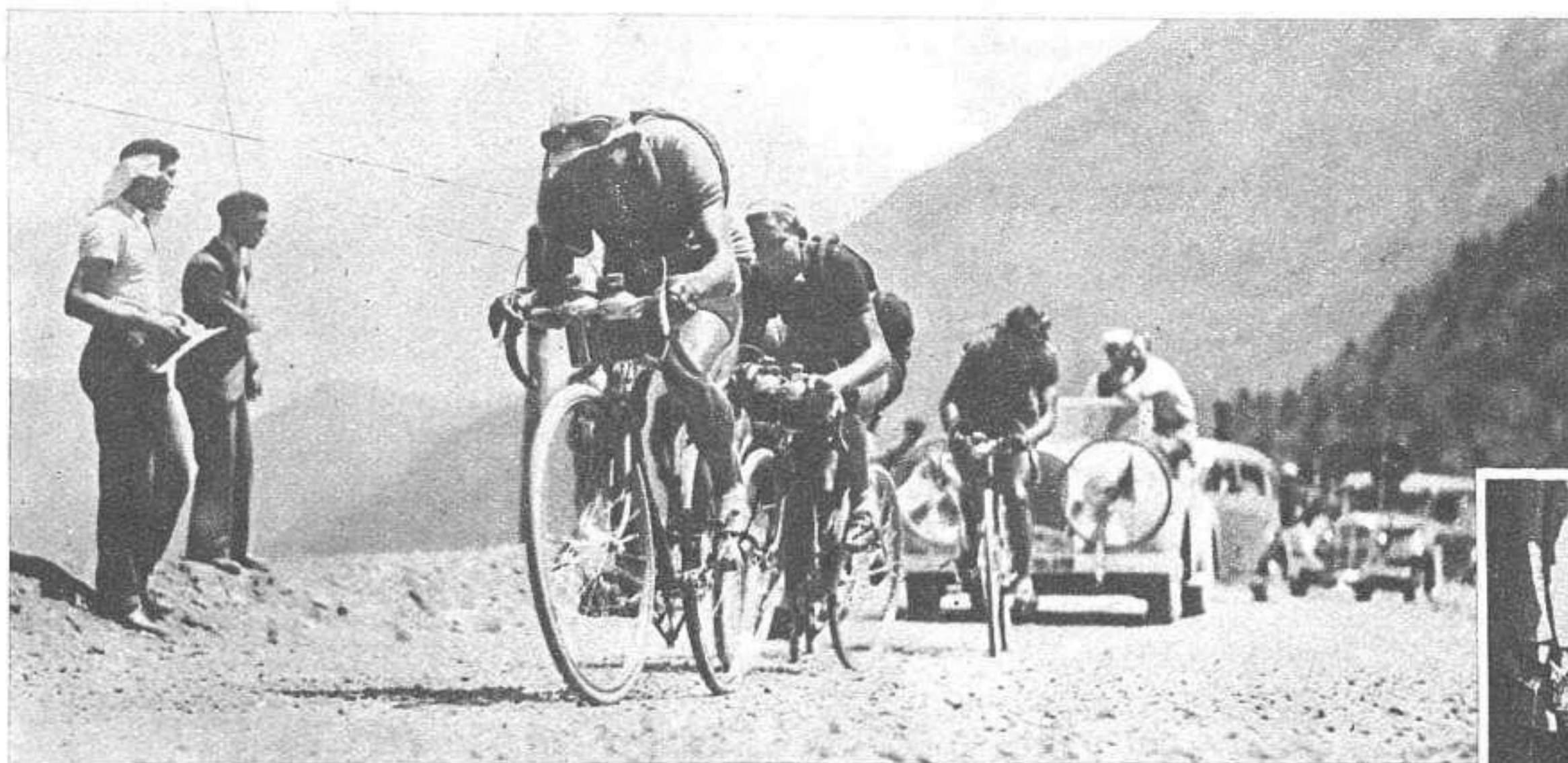


LAXANTE SALUD



EXIJA ESTA CAJITA
NO SE CONFUNDA USTED

Normaliza las funciones intestinales y biliares. Aunque su empleo sea constante no causa habituación. Grageas en cajitas precintadas. Pídase en farmacias.



La subida al monte de Tourmalet. En cabeza, Vissero, Vervaecke, Berrendero—que ganó la etapa—y Maes

Los corredores españoles en la Vuelta Ciclista a Francia



Cañardo, Vervaecke y Berrendero, antes de partir para la última etapa de la Vuelta

HISTORIAS DE ESPIONAJE

Un tiro en la noche

Drama en el salón de un castillo medieval

El Estado Mayor en el Castillo

Las fuerzas alemanas habían penetrado en Bélgica. El alma dolorida y los ojos vigilantes de los belgas seguían todos sus pasos. Toda precaución era escasa para que los múltiples espías no consiguieran sus propósitos en torno a los movimientos del Ejército alemán.

Fuerzas de Caballería ocuparon un pueblo de alguna importancia estratégica. Se reconoció minuciosamente el lugar para evitar toda sorpresa. Se montaron guardias en la noche. El Estado Mayor de las tropas se alojó en un viejo castillo, fuera del pueblo, entre un parque de árboles antañones.

El dueño del castillo, ya de edad madura, se presentó como barón de Roger. Saludó fríamente, pero cortésmente, a los jefes y oficiales, y dijo que, por dolorosa que para él como para todos los belgas fuese la situación, reconocía que ellos, como soldados, cumplían con el juramento que habían hecho a la patria.

Se retiró, dejando encargado a su mayordomo de atender al Estado Mayor. Era ya un anciano, encanecido en el servicio del castillo. Muchos de los jefes y oficiales se fueron al pueblo para inspeccionar las tropas. Al cabo de un rato les llegó una orden urgente: «Todos los oficiales del Estado Mayor y los comandantes de los escuadrones se presentarán inmediatamente al coronel.»

La reunión en una estancia vieja

Cinco minutos más tarde estaban todos, reunidos con el coronel de las fuerzas, en la gran sala del castillo. Habían llegado, con clave, instrucciones del Cuartel General, absolutamente confidenciales, sobre movimientos inmediatos.

Para prevenir toda posible contingencia, el coronel recomendó, antes de proceder a la lectura de las órdenes recibidas, que se examinase minuciosamente la estancia, en la que todo tenía una pátina de cosa inhabitada, envejecida. Así se hizo con la máxima escrupulosidad. Se revisaron todos los rincones. Se miró el interior de las viejas armaduras que adornaban la estancia. Armarios, baúles y estanterías, primorosamente labrados, tenían el aspecto de no haber sido utilizados desde hacía mucho tiempo. En el correr de los siglos, las llaves se habrían perdido seguramente. Los muros eran fuertes; todas las ventanas quedaron cuidadosamente cerradas. En el centro de una pared había un pesado armario gótico, cerrado, sin llave, alto y ancho; pero de apenas quince centímetros de profun-

didad. Una vetusta chimenea fué también cerrada. No quedó, en fin, precaución por tomar.

Jefes y oficiales se sentaron en torno a una larga mesa que había en el centro de la habitación. El coronel leyó las instrucciones recibidas. Se examinaron mapas, se tomaron notas.

Lo imprevisto

De pronto sucedió algo imprevisto. El capitán de uno de los batallones, sentado en la mesa, frente al armario gótico, se llevó un dedo a los labios, como reclamando un silencio. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, miraban en dirección al pesado mueble. El coronel calló. Todas las miradas se dirigieron hacia el mismo sitio.

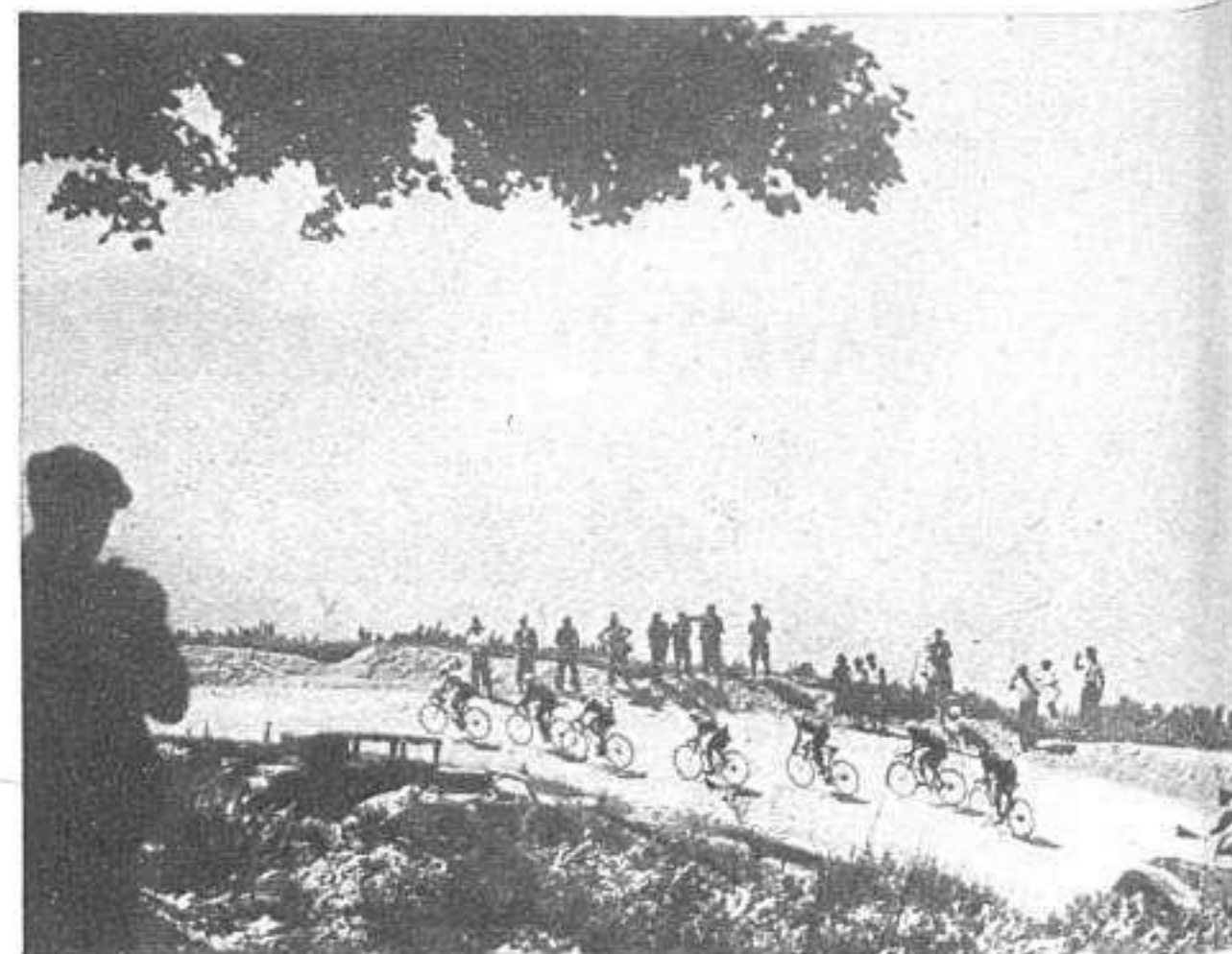
El capitán, lentamente, levantó su pistola; apuntó hacia el centro del armario, que estaba a muy escasa distancia, y disparó. Se oyó, en el interior del armario, un grito sofocado.

Se levantaron todos, acercándose al mueble. Junto al ojo de la cerradura estaba el orificio del proyectil. No hubo manera de abrir la pesada puerta. Salieron del salón, y se encontraron con que la puerta de la habitación estaba cerrada también. Con ayuda del espadón de uno de aquellos caballeros de armadura, pudieron forzar la puerta. Y vieron que el armario gótico, que en el salón principal presentaba una profundidad escasísima, penetraba por su centro hasta la habitación contigua, ocupando todo el grueso de pared entre las dos estancias y ofreciendo, por tanto, sitio sobrado para que allí pudiera ocultarse un hombre.

El espía

Fácilmente pudo ser abierta la pared posterior del mueble. En el interior estaba el cadáver del barón. La sangre goteaba de su oído derecho. Mientras escuchaba por el agujero de la cerradura había recibido el tiro del capitán. Junto a él había un cuaderno de notas y una lámpara de bolsillo. En aquellas notas estaba lo tratado en la reunión de jefes y oficiales. El débil destello de la luz de la pequeña lámpara era lo que había advertido el capitán descubridor del espía.

Se llamó al mayordomo. Se le interrogó severamente. El muerto no era el barón Roger, que vivía ahora en París. El muerto se había atribuido el papel de propietario del castillo para enterarse de lo que le interesaba. Se llamaba Marteau, y había sido uno de los oficiales franceses más audaces y hábiles en el servicio de información del frente belga.



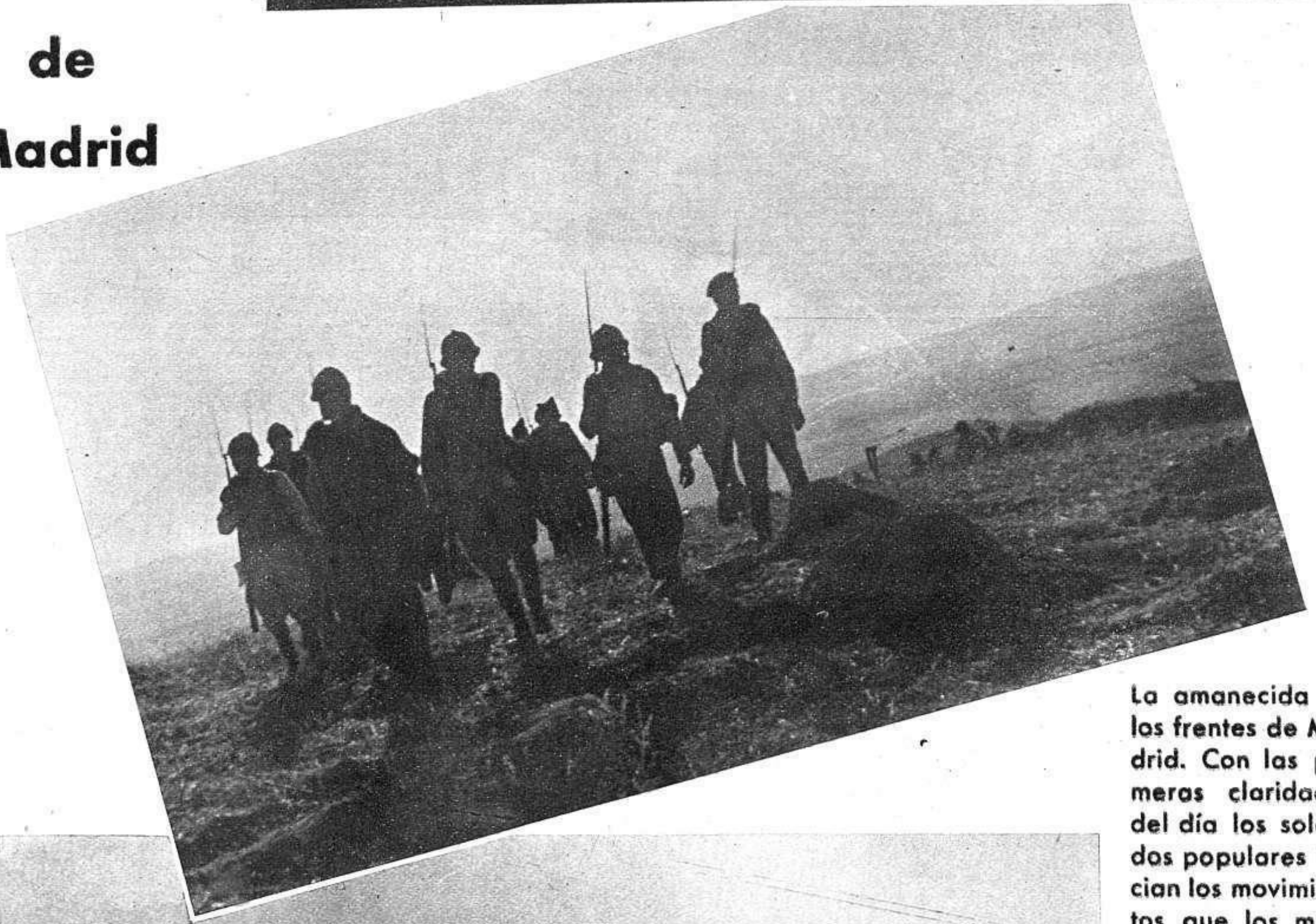
Una subida en la etapa Luchon-Pau

(Fots. Torrens)

Berrendero, ganador en la etapa Luchon-Pau, al franquear la línea de llegada



**Imágenes
de
la
lucha
en
el
frente
de
Madrid**

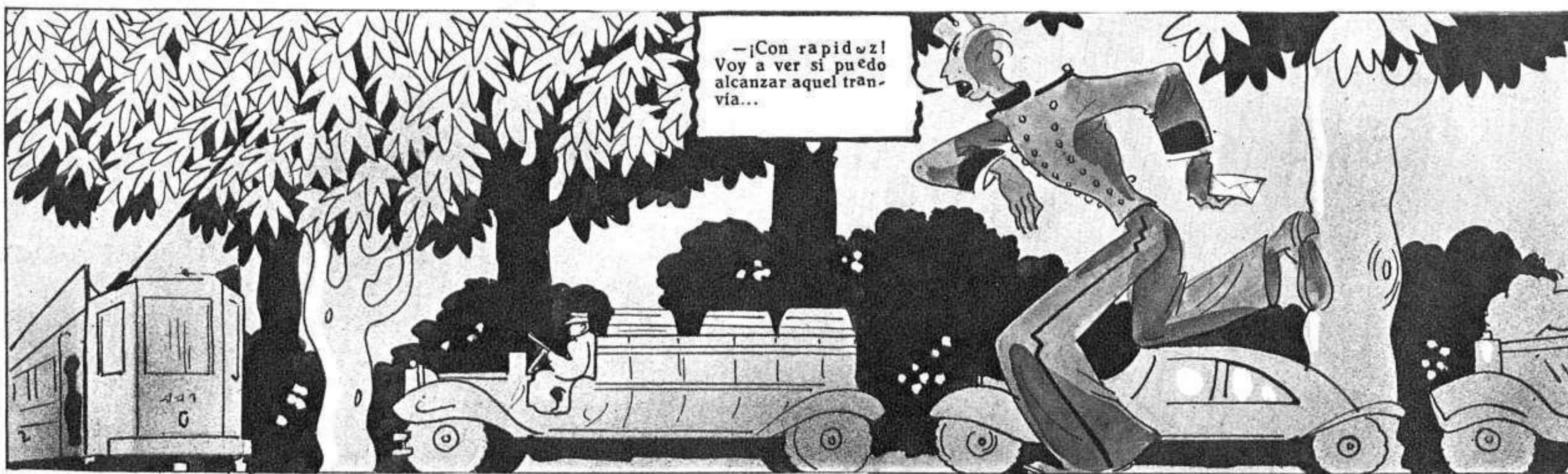


La amanecida en los frentes de Madrid. Con las primeras claridades del día los soldados populares inician los movimientos que los mandos han señalado. Siluetas rotundas de combatiente sobre el fondo débil de la nueva hora del día



(Fots. Acero)

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO



Héroes cívicos de Madrid

El panadero

El oficio, genéricamente, se denomina de Artes Blancas. Ningún calificativo más alejado, menos predispuesto para esta realidad brutal y trágica que es la guerra; ninguna ocupación más pacífica, de más hondo, entrañable sentido humano, que esta de amasar el pan para que los demás lo coman.

Entre los muchos trabajos del hombre, acaso ningún otro entraña un concepto más íntimo, benéfico y generoso. Para el hombre moderno, la especie de maldición bíblica «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» estaba obviada en su sentido material y directo. Se «gana» el pan en el taller, en el campo, en la oficina o en el laboratorio y en los trabajos intelectuales con el «sudor de la frente» o con la fatiga intelectual. Pero el auténtico trabajo de elaborar el pan corre a cargo de otros hombres: los panaderos.

No ha ponderado aún Madrid, el Madrid dramático de la guerra, lo que debe, como héroes auténticos de la lucha, a estos hombres que trabajan y hacen el pan de todos.

Evoquemos aquellos días trágicos, mejor aún, aquellas noches convulsas de la ciudad en las primeras semanas de la contienda. Transitar por la ciudad en las sombras constituía un auténtico peligro. Los «pacos» fascistas, los automóviles misteriosos rubricaban la noche con sus disparos asesinos, y cada agresión iba seguida de la réplica a ciegas; encendía un reguero de tiros. Calan, acaso, los que menos culpa hubieran. Era arriesgado, sí, transitar por la ciudad después de media noche. Justamente la hora en que los equipos de panaderos tenían que ir a cumplir su obligación. Y lo hacían bravamente, abnegadamente, cruzando muchos la ciudad de un extremo a otro, resguardándose como podían en los



El panadero no ha interrumpido el ritmo de su trabajo en el Madrid de la guerra

quicios de las puertas y en las esquinas de las calles. Fueron bastantes los que cayeron en esas sordas batallas de las encrucijadas, víctimas anónimas inmoladas a la ciega fatalidad de la guerra civil.

Y luego, cuando los asesinos raids aéreos, cuando la multitud buscaba amparo en los refugios y Madrid se estremecía bajo las explosiones y deslumbraba el cielo con el rojo resplandor de los incendios, hubo unos hombres—entre otros muchos, justo es decirlo—que permanecieron en sus puestos, que ni un instante abandonaron su tarea. Eran los panaderos. Ellos comprendieron todo el alcance de su misión. Temer, desconcertarse, aun con el estímulo tan humano de evitar el peligro, era dejar sin pan, o, por lo menos, que el pan escaseara en Madrid.

Y el pueblo heroico que se debatía gloriosamente entre metralla y llamas merecía y exigía el sacrificio callado de estos hombres.

Ellos supieron ponderarlo y supieron realizarlo, con estoicismo ejemplar, con una serenidad admirable, sin alharacas ni ostentación, convirtiéndose, individual y colectivamente, en unos de los mejores héroes cívicos de Madrid.

El tranviario

En los días tumultuosos y dramáticos de Julio, cuando el estallido de la subversión militar, los tranviarios madrileños fueron de los primeros en darse cuenta, en alcanzar en toda su extensión y profundidad la envergadura que tenía el movimiento rebelde.

Y fueron también de los primeros en lanzarse a la lucha. Por centenares, sus hombres empuñaron el fusil, la pistola, las viejas escopetas de caza, y se fueron a la Sierra, a Guadalajara, a Toledo, reconquistando para la causa leal los baluartes que el fascismo creyó inexpugnables.

Por docenas sufrieron bajas, cayeron cara al sol, como bravos, los hombres del servicio tranviario, y llenaron los ámbitos de los hospitales.

Encauzada, «normalizada» la guerra, los tranviarios mantuvieron en las Milicias compañías enteras de heroicos voluntarios. Y luego, homogeneizado el Ejército Popular, siguen teniendo en él representación nutrida y benemérita.

Pero mientras, y siempre, y ahora mismo, los tranviarios que quedaron en Madrid han dado y dan el más alto ejemplo de viril ciudadanía, que consiste en el concepto, rígido hasta el dramatismo, del cumplimiento de su deber.

Ellos han llevado en los días de Octubre, Noviembre y Diciembre sus coches hasta los arrabales de Madrid, hasta las mismas líneas

de trincheras y parapetos. Ellos han soporado, con la máxima serenidad, en las calles céntricas, los bombardeos aéreos y las explosiones de los obuses; han sostenido el tráfico de la ciudad, dando una sensación de optimismo, de serenidad, contribuyendo con su trabajo incesante a sostener el nivel moral de la capital de la República. En los frentes de combate han tenido sus héroes; en las calles de Madrid, sus mártires.

Y no sólo han cumplido con la misión peculiar de su oficio, sino que, además, han sido muchas veces los primeros en saltar de sus plataformas para correr a auxiliar a las víctimas que los bombardeos derribaban en el arroyo y las aceras de la ciudad invicta. Ha habido guardagujas, veterano en el servicio, que en una plaza céntrica, cuando llovían obuses asesinos, ha permanecido en su frágil garita, indiferente al riesgo, como el más heroico centinela en su puesto; conductor que, las manos en la manivela, pisando el timbre, la vista al frente, ha lanzado su vehículo por entre una lluvia de balas que horadaban los cristales del coche. Ni la inclemencia del tiempo, ni la metralla han



El tranviario es otro de esos héroes oscuros que han contribuido a forjar con su trabajo la resistencia de Madrid (Fots. Videal)

hecho a estos hombres desertar de su deber ni en el día ni en la noche, extremando su jornada de trabajo, sin una reclamación ni una queja, sustituyendo, para que el servicio no se resintiera, a los compañeros movilizados o heridos.

Madrid debe a sus tranviarios el mejor homenaje de gratitud, como uno de los exponentes más firmes, conscientes y generosos del gran heroísmo colectivo.

J. F.



BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones URETRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc. en la mujer por crónicas y rebelíes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta al completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad.

Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigir siempre los legítimos CACHETS DEL Dr. SOIVRE y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias
 Agentes. -- New-York: Drug Importing C., 179, Adams Street Brooklyn. -- S. José Costa Rica: I. Carreras, Bazar París, Avenida Central. -- S. Juan Puerto Rico: J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana

APOPLEJIA - PARALISIS -

Angina de pecho, Viejex prematura y demás enfermedades originadas por la Arterioesclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, ramba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Cayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.



Frentes
de combate
ALBARRACIN